

Esta historia nos cuenta sobre la capacidad que tienen las personas de entregar a los demás lo más valioso de sí. Por eso, aunque el tío Darío era un hombre sin dinero estaba dispuesto a compartir con su sobrino lo que era más valioso para él en la vida: el amor al arte. Darío nos muestra que el arte no es un asunto solemne y aburrido destinado solo a los adultos, sino una manera de expresar lo que sentimos y pensamos.

Este conmovedor cuento nos permite descubrir que para ser un artista se necesita comenzar por intentarlo y divertirse. Al final nos encontramos con que a través del arte dos personajes logran encontrarse en la vida, entablando unos sólidos lazos de afecto que quedarán incluso después de que Darío muera.

+4 años

+6 años

+8 años

+10 años

+12 años

+14 años

MINEDUC

BE06021



El Regalo Del Tio Dario.
Ruales, Elizabeth. Libros &
Libros

El regalo del tío Darío

Elizabeth Ruales Rendón



Libros & Libros S.A.
ACTIVIDAD EDUCATIVA

Libros & Libros S.A.
ACTIVIDAD EDUCATIVA



El regalo del tío Darío



Elizabeth Ruales Rendón



© Copyright 2011 ~ Editorial Libros & Libros S.A., Bogotá, D.C., Colombia
Autora: Elizabeth Ruales Rendón
Ilustrador: Andrés Mauricio Rojas Rojas
Editora de Literatura: Carolina Cárdenas Jiménez
Diseño de cubierta: Hugo Macías Lugo
ISBN: 978-958-724-162-4
Depósito legal • Primera edición 2011

Esta obra está protegida por la ley 23 de 1982 sobre los derechos de autor. Se considera infractor de estos derechos y como tal puede ser objeto de sanción penal, cualquier persona natural o jurídica que reproduzca esta obra en forma parcial o total a través de fotocopias o de otros medios de multiplicado con la finalidad de hacer guías didácticas, módulos de autoaprendizaje o cualquier otro uso con destino a su comercialización o entrega gratuita, sin el permiso expreso y escrito de Editorial Libros & Libros S.A.
Las acciones judiciales pertinentes pueden ser instauradas por cualquier persona natural, las autoridades que tengan conocimiento de ello o el titular de sus derechos, Editorial Libros & Libros S.A.

Impresión: Instituto San Pablo Apóstol - Pbx : 2 02 06 57



Todos tienen una familia a la que quieren mucho. Algunas familias son pequeñas y sólo tienen una mamá, otras tienen sólo un papá, otras son más grandes y tienen abuelos, hermanos, primos y hasta mascotas que aparecen en las fotos familiares. En otros casos, como en el caso de Mateo y sus papás, la familia se volvió más numerosa. Esto por la llegada del tío Darío, alguien a quien Mateo comenzó a querer porque le mostró nuevas cosas.



Los papás de Mateo pelearon mucho antes de que el tío Darío se fuera a vivir con ellos. Su mamá no lo quería recibir porque no tenía tiempo para cuidar de su enfermedad. Su papá decía que a la familia había que ayudarla y que el tío los necesitaba.

Mateo, en cambio, se la pasaba imaginando a quién se parecería su tío. Algunas veces se lo imaginaba del tamaño de un gigante y otras veces más pequeño que un ratón. Un día llegó a imaginárselo tan fuerte como Ben 10, su personaje favorito en la televisión, cuando se transforma.

Hasta que una tarde Miguel, su mejor amigo, le contó que los tíos son sólo seres disfrazados que se convierten en lo que uno quiere, por eso era mejor que no dejara volar mucho su imaginación porque podía tener en su casa a un tío con cara de león y cuerpo de gorila. Esto terminó poniéndolo más nervioso.

El día que Mateo conoció a su tío, suspiró aliviado al ver que era una persona normal, que se parecía a su papá, sólo que más viejo, flaco y con una tos que le recordaba a un niño de su salón que se la pasaba enfermo.

Cuando Mateo le contó a sus compañeros de colegio que había llegado a vivir a su casa un tío al que no conocía, le dijeron que sería divertido porque los tíos se encargan de llevar a fútbol a sus sobrinos, o de compartir con ellos el nombre de sus deportistas favoritos. Pero en realidad nada de eso sucedió porque el tío Darío era diferente a los demás tíos: a él no le interesaban los balones, ni los helados y aunque pareciera increíble tampoco los juegos de video. A él lo único que le importaba era andar todo el tiempo con un viejo maletín, mientras decía cosas que al principio a Mateo le molestaban un poco porque le recordaban la clase de Arte en la que siempre le ocurría algún accidente.





Una mañana, el tío Darío se acercó a Mateo y le preguntó por qué ponía cara de bravo cada vez que él le hablaba sobre cuadros y pinturas. Mateo le contó que durante la clase de Arte siempre le pasaba algo que terminaba haciendo reír a sus compañeros. Mientras decía estas palabras, Mateo sacó un dibujo algo arrugado de su escritorio y le mostró a su tío el retrato de su familia que había hecho en clase.



Cuando el tío vio el retrato, no pudo disimular su risa. Entonces se acercó a Mateo y le dijo:

—El arte es algo divertido, no todo tiene que ser tan serio. Mira, aquí tengo algo que quiero que conozcas.

Mientras el tío Darío decía estas palabras, sacó de su vieja maleta un cuaderno en el que había varias copias de pinturas de artistas famosos y en frente una versión caricaturesca de cada obra.



Mateo se rió muchísimo con esos dibujos y comenzó a pensar que él y su tío eran muy parecidos. Con una gran sonrisa en su rostro, el tío Darío le propuso ir de paseo al museo con toda la familia. Fueron un domingo ya que el tío no tenía plata y los domingos la entrada era gratuita.

Los papás de Mateo se vistieron muy elegantes. El tío Darío se levantó muy temprano y con mucha lentitud. Siempre hacía las cosas muy despacio, como si temiera caerse. Se levantó, se bañó y se vistió con su mejor ropa. Además, se llevó su maletín diciendo que tenía una sorpresa para cuando estuvieran en el museo.

Luego salieron los cuatro y caminaron y caminaron. El tío Darío y Mateo iban adelante. Sus papás atrás. De vez en cuando el tío volvía la cabeza y les sonreía mientras les decía cosas como: "qué bonito está el día" o "ya vamos a llegar" o le decía al papá de Mateo que caminar era bueno para bajar la panza o a la mamá que se le veía muy bien el vestido rojo.

Al fin llegaron al museo. Resultó ser un gran edificio blanco, cuidado por dos policías vestidos de azul. Cuando entraron su tío les contó que la exposición era de tres pintores: Joan Miró, Wassily Vasílievich Kandinsky y Jason Pollock. Cada vez que Mateo repetía estos nombres toda la familia se reía, pues no los pronunciaba bien y terminaba diciendo "Kandilisky" o "Polo".



Primero miraron las obras de Miró. Mateo se interesó especialmente en uno de sus cuadros llamado *Autorretrato* y después de mirarlo por un largo rato le dijo a su tío que él podía hacer lo mismo y, además, sin dibujarse el pipi.

Al verlo tan interesado, el tío le dijo que se atreviera a intentarlo. Mateo lo miró fijamente a los ojos y le dijo que sí, que por qué no.

En ese momento el tío hizo algo que Mateo nunca olvidaría. Sacó de su maletín una caja de 36 colores, unas témperas, pinceles, óleos y muchas hojas de papel.

—Ya está —le dijo—. Dale.

Y así lo hizo Mateo.



Entonces Darío le propuso un juego: por cada cuadro que a Mateo le gustara, él debía hacer su propia versión.

Los que más le gustaron a Mateo fueron:

Cabeza de labriego catalán



El bello pájaro descifrando lo desconocido a una pareja de enamorados





20



Las versiones que Mateo realizó resultaron un poco diferentes de las pinturas originales, pero muy divertidas.

21

Lo que Mateo no le dijo a su tío fue que si él hacía un dibujo así en clase de Arte, a la profesora no le iba a gustar. A su profesora le gustaba que los pájaros parecieran pájaros y los labriegos, labriegos. Aunque Mateo no sabía qué quería decir esa palabra.

Luego Mateo le pidió a su tío, con la lengua enredada, que pasaran a ver a “Kandilinskily” y a “Polo”. Mateo se imaginó que ese momento era pintado por Miró, en un cuadro, y se rió más fuerte que su tío. Darío se rió tanto al oírlo, que uno de los vigilantes se volteó a mirarlos mientras los papás de Mateo le hacían *shhh* con la mano.



Cuando empezaron a ver a Kandinsky, el niño le preguntó a su tío si el pintor había roto sus gafas el día que pintó ese cuadro porque se veía todo borroso.



El tío le explicó que para este pintor los cuadros no eran como fotografías sino que debían mostrar muchas emociones, todo lo que había dentro de las personas y de las cosas.

El cuadro que más le gustó a Mateo de este pintor fue la *Composición No. 8* porque le recordaba los días soleados en los que podía salir a jugar con sus amigos.

Entonces Mateo comenzó a realizar su propia versión. Cuando terminó, le pareció que su pintura era casi tan bonita como la original, sólo que sin tantos círculos y triángulos.



En ese momento su mamá les dijo que le dolían los pies y que los esperaba en la cafetería con su papá. Mientras tanto, Mateo y su tío se dirigieron a la última parte de la exposición, la de Pollock.

Mateo no supo qué decir cuando vio los cuadros de Pollock. Todas las pinturas eran manchas: manchas negras sobre manchas cafés y manchas rojas con manchas amarillas, negras y blancas. Incluso llegó a pensar que era la exposición de un compañero de clase que manchaba todo con las témperas: el maletín, los cuadernos, el uniforme. Estos cuadros le recordaron una vez que un compañero se manchó la camisa con todas las témperas. A ese compañero la profesora siempre lo ponía de ejemplo de lo que no se debía hacer. Pero Pollock hacía manchas y era un señor importante.

El tío Darío le contó que Pollock bailaba sobre la tela mientras dejaba caer gotas de pintura sobre el cuadro hasta que sentía que ya había terminado. A veces usaba sólo un color o a veces varios.



De Pollock le gustaron a Mateo sólo dos cuadros, uno que no tenía título y otro que se llamaba *Otoño* y que sólo estaba hecho de gotas negras, cafés y blancas.

Para hacer las pinturas como Pollock, Mateo unió varias de las hojas de papel con cinta, luego se quitó las medias, untó los pinceles de témperas y comenzó a bailar sobre las hojas.

Al primer cuadro le puso *Con Título* y sólo usó dos colores: el verde y el negro; al segundo cuadro lo tituló *Verano* porque el otoño le parecía muy gris.

Cuando le mostró las pinturas a su tío, él le dijo que tenían que dejarlas secar mientras le enseñaba otra cosa. Darío cogió témperas de diferentes colores y dejó caer goticas en el centro de una hoja y luego la dobló por la mitad; así salió una mariposa de muchos colores. Luego el niño siguió las instrucciones que su tío le había dado e hizo lo mismo con amarillo y negro y le salió una especie de jirafa chueca. Así estuvieron jugando un rato hasta que las pinturas *Con Título y Verano*, se secaron.

En la cafetería se encontraron con los padres de Mateo que estaban acabando una gaseosa con pastel de queso. Después se devolvieron a la casa caminando juntos y hablando de las pinturas. Por momentos tuvieron que detenerse debido a los ataques de tos del tío Darío.

Esa noche el tío se acostó y ya no pudo volver a levantarse. Esa misma noche vino una ambulancia a atenderlo y lo llevaron al hospital.

A la mañana siguiente, la mamá de Mateo le contó que su tío se estaba muriendo. Que se iba para el cielo y que debía irse a despedir de él al hospital. Mateo no sabía cómo despedirse de alguien que se estaba muriendo. Por eso se le ocurrió que la mejor manera sería haciendo lo que más le gustaba a su tío: dibujar. Así que mientras su madre lloraba, Mateo dibujaba para él.



Por la tarde Mateo fue al hospital con su mamá y tuvo una gran idea: se puso la ropa que más le gustaba a su tío. A sus padres no les gustaba mucho esa ropa porque decían que parecía un papagayo.





Cuando entró a su cuarto lo encontró acostado en la cama, sin moverse. A Mateo le sorprendió verlo tan pálido, a él que le gustaban tanto los colores. Mateo pensó que si tuviera algunas témperas las habría utilizado para devolverle el color. Cuando se imaginó cómo quedaría su tío, le pareció tan gracioso que no pudo evitar reírse un poco.

La risa de Mateo despertó a su tío, quien lo saludó y le dijo:

—Pareces un Botero.

Mateo recordó una de las imágenes que había visto en el cuaderno de su tío con pinturas chistosas, y entendió que su tío le decía esto por estar un poco redondito.

El tío Darío estaba tan débil que le pidió a Mateo que se acercara. Después de un rato le dijo:

—Todavía tengo que enseñarte a pintar muchas cosas. Mientras tanto, quiero que te quedes con mi maleta y todo lo que en ella hay: el cuaderno, las pinturas, los pinceles y los colores para que te diviertas mientras regreso a casa.

Después de escuchar estas palabras todo se volvió una imagen borrosa para Mateo; sólo recordaba a unos médicos que llegaron corriendo para ayudar al tío Darío mientras los papás lo sacaban del cuarto.

Para despedir a su tío, el papá de Mateo le hizo ponerse una corbata y una chaqueta negra. Todos lloraron mucho ese día y se encerraron en la casa sin hablar. Mateo se fue al garaje a ver todos los cuadros de su tío. Había uno que mostraba unos guaduales y otro que representaba árboles y montañas. También encontró el cuaderno con las caricaturas que tanto lo hicieron reír.



Aunque el tío mostraba sus cuadros en cualquier andén o esquina y no en los museos como Miró o Kandinsky, sus pinturas tenían algo que le gustaba.



Mateo no los había visto antes porque desde que llegó a casa su tío los guardó en el armario de los trebejos. Entonces se le ocurrió una idea que podría realizar con la ayuda de sus papás. Cuando Mateo les contó, entre todos decidieron dejar la tristeza a un lado y se pusieron a trabajar. Estuvieron despiertos toda la noche organizando cada detalle.

Después invitaron a toda la familia, amigos y vecinos para que compartieran una sorpresa que en honor al tío Darío habían preparado. Cuando llegaron todos los invitados, los reunieron en el garaje donde estaban todos los cuadros que Mateo y su tío habían hecho. Ese día, el siguiente y el otro día abrieron el garaje para que todas las personas conocieran los tesoros de su tío Darío.



COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU